

Charlotte Robert
CASIRAGHI MAGGIORI



ARCHIPIÉLAGO DE PASIONES



libros del
Zorzal

Charlotte Robert
CASIRAGHI MAGGIORI



ARCHIPIÉLAGO
DE PASIONES



libros del
Zorzal

CHARLOTTE CASIRAGHI

ROBERT MAGGIORI

Archipiélago de pasiones

Traducido por Estela Consigli



libros del
Zorzal

Casiraghi, Charlotte

Archipiélago de pasiones / Charlotte Casiraghi ; Robert Maggiori. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Estela Consigli.

ISBN 978-987-599-578-9

1. Filosofía. I. Maggiori, Robert II. Consigli, Estela, trad. III. Título.

CDD 190

Traducción: Estela Consigli

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Foto de contratapa: ©Sylvie Lancrenon

Título original: *Archipel des passions*

© Éditions du Seuil, 2018.

© Libros del Zorzal, 2019

Buenos Aires, Argentina

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escribanos a:

<info@delzorzal.com.ar>.

Asimismo, puede consultar nuestra página *web*: <www.delzorzal.com>.

A mi hermano Joseph †

A mi padre Stefano †

Índice

PRÓLOGO

LA NOCHE DE LAS PASIONES | 7

PRIMERA PARTE

LA INTENCIÓN BENEVOLENTE | 16

Amor | 17

Amistad | 33

Fraternidad | 47

Camaradería | 58

Benevolencia | 67

Bondad | 70

Compasión | 73

Gentileza | 87

Modestia | 93

Piedad | 100

Admiración | 112

Adoración | 122

SEGUNDA PARTE

LA INTENSIDAD DE LAS EMOCIONES Y DE LOS AFECTOS | 127

Éxtasis | 128

Alegría | 139

Confianza | 145

Coraje | 154

Paciencia | 161

Dulzura | 167

Tedio | 171

Cansancio | 178

Nostalgia | 188

Tristeza | 195

Miedo | 199

Angustia | 208

Melancolía | 215

Asco | 222

Vergüenza | 233

Orgullo | 245

Orgullo/*Fierté* | 250

Cólera | 257

Remordimiento | 264

Culpa | 268

TERCERA PARTE

LA TENSIÓN MALEVOLENTE | 279

Murmuración | 280

Mezquindad | 288

Burla | 291

Maldad | 296

Celos | 305

Arrogancia | 314

Crueldad | 323

Odio | 330

POSFACIO

EL FERVOR O LA HUIDA | 342

Prólogo

La noche de las pasiones

Intensidad, intensidad en la unidad,
eso es lo indispensable. Hay un punto a partir del cual
un pensamiento-sentimiento cuenta, pero *no antes*;
cuenta de otro modo, cuenta realmente
y *adquiere un poder*. Incluso puede llegar a
resplandecer...¹

Un profesor y un alumno nunca se separan. Es cierto que se alejan, cada uno hace su camino, pero no se separan, porque lo que se han transmitido, lo que han intercambiado, continúa madurando. Algo así nos sucedió: un primer encuentro, evidentemente auténtico, porque abrió de pronto una historia. Mutado en amistad, ese encuentro continuó más allá del marco académico, del trabajo de transmisión y de intercambio, y se enriqueció día a día con infinitos debates, conversaciones deshilvanadas, carcajadas —incluso en este momento estamos cortando torpemente rodajas de salchichón de los Abruzos—, divagaciones, lecturas, charlas, verdaderas polémicas, falsas peleas...

—Me irritas, con tus citas de Jankélévitch...

—Tú siempre te refieres al psicoanálisis y a la poesía...

—Quisiera hacerte comprender la materia de los sentimientos, que no pasa por una construcción puramente intelectual, sino por el cuerpo y por los sentidos. El éxtasis, por ejemplo...

—Bueno, basta, después veremos...

Un día se nos ocurrió poner por escrito lo que germinaba de nuestros diálogos, que a menudo se disparaban en todas direcciones pero siempre volvían a la cuestión de lo sensible, de lo que nos afecta, de las fronteras o de la ausencia de fronteras entre las emociones, de su lógica, a veces de su confusión...

—Pero ¿por qué no hay una palabra que designe lo que hay entre el amor y la amistad?

—¿Y en las demás lenguas?

—Habría que buscar...

—Va a ser una pesadilla escribir a cuatro manos, ¿no?

No queríamos demostrar nada, ni darle a nadie consejos ni prescripciones; no

queríamos enunciar juicios de valor ni pretendíamos enseñar a dominar las pasiones, y tampoco distinguir lo que está bien de lo que está mal, ni decir “cómo se puede estar mejor”...

—¡Pero no están mal las “recetas de la felicidad”!

—Puede ser, pero yo prefiero las recetas de cocina...

Nos parecía también que la filosofía —porque nuestro encuentro se produjo y continuaba gracias a ella— no podía ser un simple ejercicio conceptual, sino que estaba arraigada en la tierra de lo sensible, de la emoción, del afecto, de la sensación, de los estados de ánimo, incluso en la materia a veces misteriosa de los recuerdos y de los sueños. En otros términos, que la filosofía era *vivida* y no sólo pensada, y que era interesante captar ese momento en el que un afecto, tocado por un “no sé qué”, por un lado, se desvía, se altera, se convierte en otro distinto, y por otro, cambia su régimen pasional, arde, transporta, lleva a lo desconocido, a lo incontrolable.

Entonces, diseñamos islas.

Pero si la palabra y la escritura tuvieran la fluidez del tiempo, intentaríamos representar un archipiélago, con sus istmos y sus meandros, sus arrecifes y sus canales, las olas y las corrientes que divergen, convergen, se mezclan... De ese modo, en una cartografía de pasiones, agregaríamos una dinámica de fluidos pasionales, afectivos, sentimentales.

—¿Vivir no es nada más que experimentar, o “sentir”?

—Podría pensarse eso, sí. Pero “sentir” debería entenderse, según la filósofa española María Zambrano, como la facultad que *somos*, primordial con respecto a las facultades que *tenemos*, esa es la idea.

Cuando cada uno siente, lo que experimenta estalla en campos de intensidades que se abren en nosotros y ante nosotros, campos que no sólo se resisten a ser nombrados unívocamente y controlados —pues están atrapados en un flujo donde aún se perciben las orillas de “lo que se ha vivido” y se vislumbran ya los lineamientos de “lo que se va a vivir”—, sino que también se presentan —o más bien huyen— en forma de entramados, donde se enmarañan sensaciones y sentimientos, pensamientos y ensueños, imaginaciones, emociones y pasiones. Nunca nada está aislado ni circunscripto. Un dolor, por ejemplo, nunca es “puro”, pues, en el mismo momento en que se experimenta, es captado por el pensamiento, que le da o no su repercusión subjetiva y hace inmediatamente de ella, en otras palabras, un sufrimiento: ni siquiera sé qué se rompió en mi brazo al caerme, pero ya me pienso inválido y, gritando de dolor, imagino las dificultades que tendré para trabajar. Del mismo

modo, ningún pensamiento es totalmente abstracto y no piensa sin ser “tocado”, liberado, trabado, cargado, ensombrecido o iluminado por el sufrimiento, los recuerdos, la fatiga, el placer, la enfermedad y hasta por un simple estornudo, del que William James decía que borra por un instante todos los estados anímicos. Dicho de otro modo, la frase de los afectos, de los estados de ánimo, de las pasiones, de las sensaciones no sólo carece de punto, sino también de gramática y sintaxis —incluso de partitura, donde las notas pueden al menos leerse de corrido antes de que sus sonidos se abracen y se fundan unos en otros—.

—Bergson lo dice en las primeras páginas de *La evolución creadora*...

—Sí, habrá que citarlo: “Ahora bien, de los estados así definidos puede decirse que no son elementos diferenciados. Se continúan unos a otros en una sucesión infinita”, en un “flujo de matices fugaces que se superponen unos a otros”.

En efecto, nada “sucede a” nada, todo se entremezcla, se superpone. Aunque no sólo como “pasaje” de un sentimiento o de una volición a otra, sino también como contagio de un sentimiento por otro, sutiles e insospechadas metamorfosis de un sentimiento en otro distinto. No hay sentimiento de repugnancia que no esté salpicado de un poco de atracción, ni odio vacío de cierto amor, ni ternura que no siga o preceda a la crueldad, pues una ya está allí cuando la otra todavía cree imponerse. Esa sucesión de sensaciones, sentimientos, representaciones, voliciones es la que constituye la vida afectiva, la vida “sensible”, es decir, *la vida*, pues el pensamiento lógico y la más libre facultad de imaginación también se ven “alterados” por el flujo de los afectos. A veces, pensamos mal no cuando no tenemos ideas, sino cuando tenemos frío.

—En la tradición filosófica, se trató incesantemente de separar el cuerpo del espíritu, lo físico de lo psíquico, de trazar los límites entre lo que sería afecto y lo que sería sensación, sentimiento y emoción...

En realidad, en ese entrelazamiento permanente de contrastes y matices de experiencias vividas, es muy difícil —tanto más puesto que también cambian incesantemente sus intensidades y densidades— detectar el pasaje entre lo que los une y lo que los separa, captar el instante en que “mutan”, trazar una frontera más allá de la cual tal sentimiento, emoción, deseo, pulsión o estado de ánimo se transformaría en su opuesto o en un sentimiento cercano. Tampoco es sencillo, entonces, producir un improbable e imprevisible espacio que sería el del “encuentro” con la vida sensible, como si esta se compusiera de “momentos” separados y de afectos fácilmente discernibles o reconocibles.

¿Estoy realmente seguro de no experimentar sentimientos de amor cuando odio, de amar verdaderamente cuando no hago más que adorar, de estar celoso cuando en realidad envidio, de ser benevolente cuando sólo me anima un egoísmo disfrazado? En esas condiciones, ¿cómo no renunciar a una “geometría” que atribuiría su propio territorio demarcado por altos muros impenetrables a la piedad, al éxtasis, a la tristeza, a la maldad, a la crueldad, a la gentileza, a la amistad, al pudor, a la prudencia, a la maledicencia, al coraje, a la dulzura?

—Trataremos de “mostrar” lo que podría ser un archipiélago de “vivencias”...
¡No es nada simple!

—Tienes razón. Además, deberemos esperar tener lectores amables, que estén atentos a los puentes a veces inestables que permiten ir de una a otra vivencia, lectores sensibles a las “corrientes” que llevan hacia una o se desvían de otra, y que se muevan sin orden entre ellas...

¿Eso implica aceptar la imposibilidad de *de-terminar* el mundo afectivo, porque sería irracional, desregulado, extravagante y tendría que ver con el desborde “romántico”?

—¡No, para nada!

Es evidente que el sentimiento o el afecto pueden describirse según tipologías o características generales, pero eso se dificulta cuando están “electrizados” o encendidos por la pasión, que lanza al sujeto a un escenario donde lo asalta el vértigo, donde no sabe “lo que le sucede” y, para calmarse, inventa causas imaginarias que lo encierran en la prisión de lo “inexpresado”. Hay algo que se parece a una “lógica”, pero es poco visible y difícil de conocer, porque es inherente a cada sujeto, a todas las modalidades de expresión de uno mismo: manifestaciones de su voluntad, irrupciones de su deseo, de sus fantasías, porque esa “lógica” se ha desarrollado en la noche de cada ser. Y quizá, sobre todo, porque la “verdad” de lo que uno vive nunca está en quien la vive, sino en los “ojos”, en el corazón, en la palabra del otro: yo soy malo o bueno, mezquino o generoso, yo odio o amo, pero el otro es quien sabe que mi gentileza es gentileza, mi maldad, maldad, mi amor, amor... Para orientarse en el archipiélago de las emociones y pasiones, también hay que mirar hacia el este, hacia el oriente de la ética.

—¡Me da un poco de miedo! Hablas de sentimientos y pasiones: clásicos de la filosofía, ensayos, estudios psicológicos, películas, novelas, canciones...

—¿Quieres decir que eso debería disuadirnos de pretender agregar una gota al océano?

—¡Exacto! Pero quizás hay alguna razón razonable para lanzarse a un emprendimiento tan irrazonable. ¿No crees que el propio estatus de lo “afectivo” ha cambiado un poco, al haber adoptado además las metamorfosis de la sociedad y de las tendencias actuales?

Sabemos de qué modo un sociólogo como Zygmunt Bauman describió esas metamorfosis al hablar de “sociedad líquida”: una sociedad es líquida cuando las situaciones en las que los hombres se encuentran y actúan se modifican incluso antes de que sus maneras de actuar lleguen a consolidarse en procedimientos y hábitos. Esa sociedad apareció cuando la era sólida de los productores fue remplazada por la de los consumidores, una era que fluidificó la vida misma, la hizo frenética, incierta, precaria, “apresurada”, lo que volvió al individuo incapaz de extraer una enseñanza duradera de sus propias experiencias, porque el marco y las condiciones en las cuales se viven cambian sin cesar. Por eso ya no vivimos en sociedades inamovibles, duras, que correspondían a la fase *sólida* de la modernidad, a la construcción de las naciones, a la impermeabilidad de las fronteras, a la verticalidad del principio de soberanía, a la estabilidad de las instituciones, a los monopolios de la información, a la centralidad de los partidos, de los sindicatos, etc. Vivimos en sociedades de exterioridad blanda, acorde a la modernidad cambiante y caleidoscópica, al multiculturalismo, a la unificación de los pueblos, a la desaparición virtual de las distancias espaciales, a la comunicación inmediata, a las interconexiones en red, constantes, pero incesantemente modificables.

—En ese contexto, ya no sabemos bien lo que tiene *importancia*.

—No es tan importante lo que, por su impacto, transforma la realidad (que parece transformarse por sí sola o evaporarse en el flujo de informaciones), sino lo que “retiene”, lo que de cierto modo detiene el tiempo o suscita “un minuto de silencio”.

—La emoción es lo que retiene.

El acontecimiento más “importante” es el que golpea más la sensibilidad pública y provoca el máximo de emoción o emociones. Eso explica, por ejemplo, que en diez años, según una encuesta del Institut National de l’Audiovisuel (INA), la presencia de sucesos en los noticieros de televisión haya aumentado en un 73%.² La *captación emocional* se produce a través de todos los medios —la prensa escrita, los canales audiovisuales, las redes sociales—, se ejerce en todos los ámbitos —político, económico, cultural, social, deportivo, incluso religioso— y ha suscitado un nuevo modo de ejercer poderes —el *gobierno de las emociones*—, así como una nueva manera de someterse a ellos.

Hoy en día, con la “democracia” de las redes sociales y de la “reacción” generalizada, no importa tanto dar una opinión —de todos modos, cada uno de nosotros da la suya en cualquier ocasión, lo que hace que todas se destruyan — como expresar el propio “sentimiento”, la emoción, la conmoción, la compasión, el temor, la angustia... Esa conminación a *expresar* la emoción y la compasión acabó por borrar todos los matices —el amor y la amistad tienden a no ser más que *likes*— y hacer superflua la manera en que los sentimientos, justamente, se *imprimen*, se crean, se mezclan en las “vísceras” (María Zambrano) de la vida afectiva, secretan de la noche de cada ser.

Por esto nos pareció oportuno “volver” a lo que eran, en sí y en la palabra del otro, la compasión o la piedad, la modestia, la dulzura o la arrogancia, la amistad o el amor... Lo hicimos sin pretensiones, mezclando estilos y enfoques, a veces demostrativos, a veces descriptivos, filosóficos, psicoanalíticos, otras veces poéticos. No queríamos “demostrar” nada, salvo que el hecho de “respetar” las emociones, los sentimientos, las pasiones o ciertos estados de ánimo era también aceptar lo que cada uno tiene de más secreto, aceptarse en lo que cada uno tiene de más contradictorio, de más frágil, de más humano, tanto como de más inhumano, y, al destacarse sobre un fondo de incertidumbre, ser capaz de acoger al otro.

Fontainebleau-París-Mónaco, verano de 2017²

PRIMERA PARTE

La intención benevolente

Amor

¿De dónde procede el amor?, ¿dónde tiene su origen y su manantial?, ¿dónde se encuentra ese lugar, su paradero, de dónde brota? Sí, ese lugar está celado o se encuentra en lo celado.⁴

Pobres puercoespines. ¿Cómo hacen para protegerse del viento helado? Se acercan unos a otros, crean su propio calor. Pero si se acercan, se lastiman. Si se alejan, sienten frío. Schopenhauer veía allí una metáfora de la vida de los individuos, “impulsados a uno u otro tipo de sufrimiento”.⁵ La cuestión es encontrar la *distancia justa*. Ante todo, la requiere la “necesidad de vivir en sociedad”. Esta, “nacida del vacío y de la monotonía del interior de cada uno, atrae a los seres humanos entre sí; pero sus numerosos rasgos desagradables y errores insoportables vuelven a separarlos”.

Se encontraron modos de favorecer el “calor recíproco” y hacer posible, si no satisfactoria, la vida en común. Por ejemplo, se inventaron “la educación y las buenas maneras”. Eso parece poco para neutralizar todas las formas de detestar, la envidia, la rivalidad, el odio, que alejan a los hombres hasta hacerlos extraños e indiferentes unos a otros, enemigos. Pero cuando las personas ya están “cerca” a causa de una atracción recíproca, simpatía, incluso ligadas por sentimientos de camaradería, amistad, amor, ¿a qué “distancia” deben mantenerse unas de otras? Espontáneamente, pensamos que la más ínfima es la que “casi no separa” a los amantes entre sí, pues es normal que pretendan “ser uno”. Pero no es tan evidente.

En primer lugar, es incierta la distancia a la cual hay que situar ese objeto proteiforme que es el amor cuando simplemente se lo quiere analizar. Quien casi no ama, quien no ama nada ni a nadie, si se le ocurriera hacerlo, sólo erigiría a su alrededor catedrales conceptuales vacías y glaciares. Y el amante, o el enamorado, no está en mejor situación, puesto que incluso se dice que está ciego. Con el corazón en llamas y el pensamiento borroso, apenas lograría describir su propia agitación. Sin duda, el amor es una de esas realidades sin confines que, vividas, confunden o desorientan el pensamiento y, pensadas, pierden lo que deberían tener de intensamente vivo.

Por eso, es fuerte la tentación de no decir nada, de dejar al misterio su misterio, o entregarse a la idea de que hablar del amor, como del tiempo, de la muerte o de Dios, siempre es “hablar de otra cosa”. Pero ¿hablar de “otra cosa” es realmente vano? Si bien no es definir, ni circunscribir, al menos es circunvalar, errar, ir como monjes gyrovagues sin residencia fija, de monasterio

en monasterio, deambular, rodear, conocer los falsos amigos, recolectar homologías, sinonimias y, quizá, preguntarse por qué entre amor y amistad no hay lugar para nada, cuando al vivir alguno de esos sentimientos cada uno siente con claridad que hay una infinidad de matices, desde la amistad amorosa hasta el amor... platónico: dilección, apego, afecto, ternura, benevolencia, “cordialidad”, afinidad, intimidad, capricho, antojo, arrebató, predilección, simpatía.

Tal vez habría que practicar ese enfoque que los teólogos llamaban “apofático”, que consiste en decir no lo que una cosa —o lo que Dios— *es*, sino lo que *no es*. Sin embargo, ¿sabremos alguna vez lo que el amor no es, o si es heterogéneo, o si realmente es infinita su gama de modulaciones? ¿Sabremos si, acompañado del menor adverbio, el amor puede aplicarse a todo, a los viajes, a la lectura, al aroma del incienso, al rock and roll, al chocolate, a los nenúfares de Monet, a las personas por las que sentimos afecto y a los *orecchiette al pesto* que “amamos” tanto? ¿Y a quién pedir testimonio? ¿Qué documentos consultar en el océano de obras, novelas-ríos, poemas elípticos, sinfonías, óperas y *canzonettas*, tratados de psicología, diarios íntimos, películas, cartas, esculturas, cuadros y frescos, que el hombre ha elaborado desde siempre para cantarle al amor, para expresar sus alegrías, sus tormentos, sus locuras, sus dolores y sus trampas? ¿Cuáles para penetrar en sus ilusiones, llorar sus parodias y simulacros, alabar la fuerza y la vida que da a toda persona? No hay nada humano sin amor. Todo se vuelve indescifrable, nebuloso, todo es exceso y caos apenas aparece el amor —o uno de sus falsos hermanos—.

Una de las paradojas del amor es que solo hay un verbo para decirlo, y que todas las expresiones de la lengua que intentan traducirlo lo traicionan. ¡Ni siquiera se le puede agregar un adverbio! La cara del ser amado sería incierta si su amante le declarase “te amo claramente”, “te amo mucho”, “te amo demasiado”, “te amo moderadamente”, “en ciertos aspectos”. Por lo tanto, para saber lo que el amor no es, no parece insensato ir a buscar en ciertas expresiones comunes el (sin)sentido que la cultura ha depositado en ellas a lo largo de los siglos. Especialmente, porque la relación entre amor y lenguaje no es anodina. Por supuesto, es injusto decir, como Bachelard, que “el amor es la carta de amor”, y las faltas de ortografía no son proporcionales a las torpezas, a los gestos descorteses, a la falta de amor. Por otra parte, hoy en día, la declaración de amor (o de ruptura) por sms ha deformado todos los lazos entre el sentimiento y su traducción lingüística o icónica.

Dime que me amas

En tanto hecho social, el amor es inseparable de su expresión verbal, artística, literaria, musical. De cierto modo, el lenguaje es el que lo hace emerger, con el primer, difícil, tembloroso “te amo”. Sería inconcebible que el amor no se dijera nunca, ni con una palabra ni con un gesto o una intención (siempre íntima, a veces “reforzada” por signos sociales: envío de flores, chocolates con forma de corazón en fiestas que supuestamente celebran el amor). Pero el “te amo” es curioso: no tiene ninguna de las funciones del lenguaje, ni expresiva (si comunicara una “información”, bastaría con decirlo una sola vez), ni conativa, ni referencial, ni metalingüística, ni, aún menos, apelativa, aunque la repetición incesante (“te amo”; “yo también”; “¿me amas?”; “sí, te amo, ¿y tú?”, etc.) termine a veces por parecerse al diálogo de familiaridad social (“buen día, ¿cómo está?”; “bien, ¿y usted?”; “¡bien!”). Además, el lenguaje amoroso —salvo la primera palabra, el primer beso— pierde su sentido si no se dirige a alguien que... ya se ama: desde afuera, el diálogo amoroso suele parecer ridículo, cursi, a lo sumo encantador.

También suele suceder que corrompe la relación amorosa, que sumerge el sentimiento bajo olas de palabras: en lugar de amar al otro, el amante se ama a sí mismo al hablar de amor, o simplemente “ama” hablar de amor, deja de amar para seducir, justamente, como lo hace el charlatán, el seductor, el Don Juan... Como no tiene vocabulario propio, el amor utiliza metáforas, figuras, símbolos, alegorías —o bien lleva el lenguaje a sus extremos: al canto o al grito de amor, por un lado, al silencio o al susurro, por otro—. En un caso, la palabra se refuerza, se infla, se hace canto —como para ser escuchada por todo el mundo, para que todos sean testigos de la inmensidad del sentimiento—; en el otro, se hace *flautus vocis*, murmullo —“la reserva es la palabra de amor”, decía François de Sales—, susurro inaudible, secreto, como para hacer más íntima, intransmisible, única, la relación de los amantes. La palabra no llega a expresar el amor, pero el amor no logra prescindir de la palabra.

Sé que te amo

El amor se experimenta, se “siente”, incluso antes de que tenga que decirse. Pero ¿se “sabe”? A veces, la conciencia obliga a un retorno reflexivo sobre uno mismo para crear el “resentimiento”, o el saber del sentimiento, que se arriesga a ser más saber que sentimiento. En ese caso, el amor se elige a sí mismo como objeto de amor. Se vuelve, como bien lo señaló Agustín, *amor amoris*: no amar tanto al otro como al hecho mismo de amar. Desde ese momento, el objeto de

amor cuenta poco o es intercambiable, por lo que el amante puede flirtear, no ama a nadie más que a sí mismo, sólo ama el hecho de saberse enamorado.

Encontré a un alma gemela

A veces se escucha: nos encontramos porque nos parecemos, tenemos los mismos gustos, los mismos rechazos, los mismos ideales, nos gustan los mismos lugares de vacaciones, la misma música y las mismas películas. Eso es lo que le gustaría a Empédocles: la atracción de las semejanzas. Pero también es algo que le sienta mal al amor, pues amar al otro porque es “como yo” es establecer una relación primitiva, casi biológica, y narcisista que, en lugar de hacerme ir hacia el otro, me hace volver hacia mí como un búmeran. Lo que amo en ti es que seas otro yo, en quien me puedo mirar y admirar como en un espejo, y amarme dos veces, en mí y en ti. Amor sin alteridad, amor sin entrega, amor que gira sobre sí mismo hasta la inanición.

Nos complementamos...

El amor por el o la que “no es como yo” parece ser una especie de victoria sobre el rechazo primitivo que suscitan la diferencia y la disimilitud. Pero la atracción de los opuestos, la que prefiere Heráclito, también puede traducir una forma falsa de amor: busco al otro porque es “lo que me falta”, lo que le falta a mi propia completitud —como si quisiera restaurar una unidad perdida, un yo perfecto al que no le falte nada—. De ese modo, el yo ama al yo —no al otro, quien no es más que el “ángulo complementario” del amor—.

Tienes unos ojos hermosos, ¿lo sabes?...

¿Qué madre (o padre) no encuentra a su hijo como el más hermoso del mundo? Evidentemente, es bello porque los padres lo aman, y a nadie se le ocurriría decir que lo aman porque es bello. Las cualidades, los talentos, los dones, las habilidades de una persona nunca pueden ser causa del sentimiento amoroso. Uno no puede decir que ama a alguien porque toca bien la guitarra o porque tiene un físico atlético, pues eso implicaría que si un accidente le paralizara la mano, o el tiempo le marchitara el cuerpo, el amor cesaría. La persona es amada por lo que es, no por lo que tiene —en tanto que las cualidades adjetivadas motivan más bien la admiración o la adoración—. Cuando uno tiende a “seleccionar” —lo que amo en ti son tus ojos, la forma de tus manos, el olor de tu piel, tu gracia, y lo que menos amo es el tono de tu voz, tu distracción, tu irritabilidad, tu falta de tacto...—, es más un amateur

que un amante, pues este “elige” a la persona completa.

Ojos que no ven, corazón que no siente

La distancia amorosa, en el tiempo y en el espacio, no tiene nada que ver con la distancia en la amistad ni con la distancia en el conocer. La distancia entre amigos no conoce la separación en el tiempo, por más larga que sea. Incluso se reconoce la amistad en el hecho de que no se degrada con el alejamiento (es además la razón por la cual existen tantos “amigos de la infancia”): los amigos se reencuentran después de una larga ausencia y retoman la conversación allí donde la habían dejado. En cuanto al conocimiento, para no ser impreciso, exige fijarse en un punto determinado, a una distancia focal justa: según tenga miopía o hipermetropía, acerco o alejo de mis ojos la página escrita hasta que todas las letras aparecen claras. Al contrario de la amistad, al amor le cuesta soportar el alejamiento geográfico o la ausencia, porque el contacto físico, la caricia, el tacto, el abrazo, el goce, el orgasmo, aunque no sean necesarios para su existencia —se dice que podemos amar de modo platónico—, son exigencia del cuerpo, que debe exultar, así como el corazón debe latir y la cabeza, afiebrarse. Lejos de los ojos, el/la amado/a sigue siendo amado/a, pero el/la amante siente que su amor se empequeñece y se marchita, porque no puede estremecer o hacer gozar el cuerpo del otro, no puede darle más cada día. Eso contribuye a que la distancia amorosa nunca sea “fija” y no conozca ninguna velocidad de crucero. El hecho de que la distancia amorosa alterne cotidianamente momentos de máxima proximidad y temores repentinos (“te siento lejos”) lleva a correr dos peligros: una irremediable dualidad (el frío “cara a cara” de los desayunos sin diálogo) y la coincidencia perfecta (“estamos tan cerca que somos uno solo”), pues, en el primer caso, el amor agoniza —todavía sostenido por la vieja costumbre de “estar juntos” o de, simplemente, cohabitar— y, en el segundo, ya no hay sujeto que ame ni objeto amado.

Estamos hechos el uno para el otro

Puede suceder que, a fuerza de “esperar al príncipe azul”, este termine por llegar —pero no es príncipe, ni el que uno esperaba—. El encuentro amoroso no puede corresponder a ninguna expectativa ni depender de ningún “plan” o premeditación. No deriva de una cita fijada por el destino o por algún dios, pues no tiene pasado, se produce milagrosamente, como el cruce sorpresivo de dos trayectorias en el espacio infinito de la ausencia. En otras palabras, nadie está hecho para nadie —y si de pronto nace el amor, seré por y para ti, sin

pedir que tú seas por y para mí—.

Te amo con locura

El amor no tiene ninguna finalidad “utilitaria”: uno no ama *para* —para mantener la juventud, para no estar solo, para tener hijos ni para tener a alguien que lo espere de noche—. Tampoco tiene “razón”, es loco. Por eso es vano preguntar/se por qué uno ama: el menor *porque* es ofensivo —“porque eres inteligente, porque hablas bien, porque eres bueno”—, pues eso significaría que los malos y los que hablan mal no tienen “derecho” al amor. El amor no es ningún homenaje a los valores, que justamente la razón puede “evaluar”: todo el mundo merece ser amado, simplemente porque no hay ningún mérito en amar ni en ser amado.

Juntos para siempre

El amor es extremista, no conoce punto medio ni justa medida. No hay medio amor, como no hay media confianza. Tampoco puede limitarse en el tiempo, tener fecha de vencimiento. ¿Quién osaría decir a su amado/a que lo/la amará por cierto tiempo, hasta el año próximo, por tres meses o cinco años? Cuando uno ama, ni siquiera puede imaginar la ruptura, la degradación, el fin de su amor. “Te amaré por siempre, nunca nos separaremos”, pero las parejas se separan, y haría falta un libro completo para enumerar las razones que justifican ese hecho. Sin embargo, como es imposible que el amor ame “cierto tiempo” y que, mientras ama, piense que “un día” ya no amará, es forzoso concluir que lo que termina no puede ser el amor. El amor siempre está “adelante”; el encuentro amoroso siempre estará “por venir”, será “porvenir”, “aventura”.

Lo/la amo y me ama

Puesto que el amor no tiene razón y es incondicional, hay que dejar de lado que amar al otro esté condicionado a que este devuelva ese amor. Un regalo no tiene que ser retribuido, y tampoco el amor espera como recompensa la reciprocidad. Lo que parece ser una especie de prodigio, y que sin embargo acontece todos los días, es que uno ama a alguien que ama en reciprocidad —pero no lo ama *porque* es amado por él—. Lo esencial es amar, en forma activa, sin restricciones, límites, razones ni condiciones. El amor no se guía por el par amar/ser amado —incluso se puede amar a alguien que ignore la existencia de quien lo ama—, sino por la doble transitividad del verbo amar. Te amo mucho

más de lo que me amas; me amas mucho más de lo que te amo; te amo mucho más de lo que...: es el movimiento que encadena la sobrepuja amorosa, la dialéctica infinita de la actividad de amar. Por eso, amar sin ser correspondido, “unilateralmente”, traduce una forma auténtica de amor, pero un amor desgraciado, no obstaculizado por la miseria del fracaso, sino marchitado por la ausencia de “sobrepuja” amorosa —que justamente aumenta por el propio movimiento de dos deseos nunca satisfechos y fecunda el amor que se da con el amor que se recibe—.

Tradicionalmente, en la “escala erótica” se ven numerosos niveles. El más bajo sería el del instinto, que lleva a “poseer” los cuerpos, los que sean, y se agota en la satisfacción fisiológica, biológica. En un plano más elevado, se encontraría lo que podemos llamar *enamoramiento*, suscitado no tanto por la contemplación de la belleza física de la persona amada, sino más bien por la valoración o “cristalización” de sus cualidades morales e intelectuales. Por encima de este, estaría el amor puro, libre de toda sexualidad, amor no por la persona en sí misma sino por lo que representa: la virtud, la sensatez. Y un escalón más arriba, el amor sería amor por Dios, que adquiriría, en todo caso, una dimensión mística. Es evidente que, cuando uno siente la alteración que produce el amor por una persona real, esas distinciones aparecen quiméricas y fuera del mundo, pero permiten precisar también lo que el amor no es. De ello (inútil decir que “vuelve” el alma al cuerpo) se deduce que el amor —a la vez sentimiento, sensibilidad, sensualidad y sexualidad— no es el acto sexual, que puede hacerse sin amor, incluso ser mercenario, y puede no querer ir “más arriba” ni “más lejos” que el goce propio o el goce en sí mismo. Tampoco es —pues tal “ascesis” implicaría que uno se aleje de la materia y del “cuerpo” en el que estamos inmersos— *deseo de belleza*, ni nace de la irradiación que las cualidades morales o intelectuales del/la amado/a provocarían en su amante. Por lo tanto, no inmerso por completo en lo físico ni suscitado u orientado por una idea pura, sin carne ni huesos, ¿el amor se situaría en el *intervalo*, yendo incesantemente de uno a otra sin coincidir jamás con ninguno de ellos?

Desde Platón y *El banquete*,⁶ sabemos que el amor *va*, que es como un vagabundo que nunca encuentra descanso ni refugio, pues lo propio del amor y del deseo es justamente no tener fin, no encontrar nunca una “satisfacción” que los apacigüe. Evidentemente, si es el amor que una persona siente por otra, no va hacia “Dios” ni hacia una Idea o un ideal. Tampoco va hacia “toda la humanidad”, pues amar a todo el mundo es la mejor manera de no amar a nadie. Está en movimiento permanente porque se dirige hacia el otro, sin